

Clarín. Sup. 9-1-73. P.S.

664497

HERNÁN CAÑAS Y LOS AÑOS 30



CALLAMPA

EN MEDIO DE mi infatigable ajetreo me llegaron unos versos de Hernán Cañas, con el título de "Canción de la nueva alegría" y sentí una envidia loca por la fantástica posibilidad de tener una nueva alegría, así resplandeciente, virginal, nuevecita, después de tantos años, desde esos del 30 en que con Hernán, con René Frías, con Orlando Torricelli, con Julio Barrenechea, con Asolfo Tapia y con tantos y tantos poetas indiscutiblemente nue-

vos y presumiblemente alegres, iluminamos las noches de San Pablo y de Bandera con unas borrachetas escandalosamente inocentes que flotaban entre el tifo de un vino pobre y la palina de una luna moribunda.

Ya una vez conté aquel baile en el Forestal, que era una mezcla de ballet y de mimos, en que Torricelli era un árbol que se estremecía con el viento que pasaba en la persona de Julio Barrenechea, mientras yo era una estrella y Cañas un poeta que iba pasando, triste, muy triste, infinitamente triste, inagotablemente triste, en contradicción con sus alegrías nuevas de hoy, porque esa suele ser la ley de la vida, que nos anticipa los dolores y nos redescubre las euforias. Algún muchachuelo imberbe osará preguntarnos, Hernán: ¿quién es ese Orlando Torricelli? ¡Imagínate! Orlando el inmortal, Orlando el maldito, Orlando el poeta, Orlando el cadáver, Orlando, transitorio Lázaro en estos recuerdos vertiginosos. ¡Pshiii! No le digamos nada. Guardemos el maravilloso secreto. Dejemos que se ría en su tumba, mefistofélicamente, antecesor de Barnabás, divino, diabólico, eterno, renegrido, simbólico, amenazante y querido Orlando.

repente, que una canción de la nueva alegría me pudo traer una nostalgia vieja y que, sin darme cuenta, pensando en otros años y esos muertos, una lágrima trata de asomarse al borde mismo de los ojos y un nudo se insinúa en la garganta.

PERDONA, Hernán Cañas Flores, que haya comenzado hablando de los años 30 para llegar a tus versos, síntesis de todos los años 30, porque las generaciones no tienen edad y la poesía social también es eterna. No hay mucha diferencia entre bailar un ballet de borrachos en el Forestal de aquellos tiempos con decir ahora:

Quiero que mujeres de
[garganta lisa
afinen guitarras de cintura
lflina.

Y que todas usen zapatos
[de vidrio
para ver el nudo alegre del
[tobillo.

Quiero oír la risa romperse
[con furia
como el mar azul se rompe
de música.

Han pasado tantos inviernos, que no recuerdo ya si tú andabas con nosotros aquella noche que cogimos de la cintura a unas niñas de vista atizada —y pensar que el otro día unos imberbes me trajeron de cartuchón— para jugar al tren-

cito y dar vuelta a toda la manzana, escapando después a fin de no pagar la cuenita, mientras las chiquillas nos insultaban y nos tiraban los zapatos por la cabeza. Asociación de ideas. Tú hablas de mujeres con zapatos de vidrio y aquellos remotos zapatos daban como si fueran de duro vidrio. Aún los veo cruzar como si fueran ovnis, lentamente, con ritmo de viejo vals apolillado, mientras nosotros nos reíamos, nos reíamos, nos reíamos, tratando de quitarle el cuerpo a la posible materialidad de esas sombras sin líneas, de esos esbozos fantasmales. De lo que estoy seguro es de que uno de los que jugaron al trencito, cogido de la cintura de una gran gorda careajente y acerante, era René Arriagada, también ya fallecido, pues nuestros amigos de esa época tenían la pésima virtud de no ser todos inmortales, como Orlando, con quien hice un pacto para después de la muerte, que aún está

en suspenso y suele desvelarme por las noches.

Qué manera de divagar, Hernán, por el mero capricho de tus versos "añá" nuevos. Yo creía que ya era muy difícil decir nada distinto sobre el 18 de Septiembre. Imagínate, cuando escuchamos la Canción Nacional en la clase de canto de "cachalote" Vásquez, sin pensar que nuestro profesor llegaría a ser un líder socialista. Pero tú has logrado el milagro de decir otras cosas:

Todo tiene este día fulgor
[iluminado:

La espuela con la espada,
[el anca del caballo;
la blusa de percalá, el

[churrol del zapato
brillan como el ponche

[adentro de los vasos.
Nunca la coeca tuvo ni

[giro más liviano,
ni rozaron los pies el ruedo

[del cantancio,
y en la ramada verde en

[donde se hace un aro
sólo se toman fuerzas para

[morir bailando.
Es raro comprender, de

Hernán Cañas y los años 30. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hernán Cañas y los años 30. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile